

ROBERT JAMMES (1927-2020)

La muerte de Robert Jammes, profesor de la Universidad de Toulouse-le-Mirail, el pasado 12 de octubre, no fue una sorpresa por su edad, sino por su vitalidad. Sus amigos, incluso al verlo menos ágil o más sordo, pensábamos que en realidad un hombre así no puede o no debe morir, como si por ser excepcional en tantos sentidos, especialmente en el universitario, debiera serlo también en eso. Odette Gorsse, además de reunir su bibliografía, nos ha contado lo esencial de su vida, su perdurable condición campesina, que lo llevó a publicar numerosos artículos de asunto agrícola bajo el pseudónimo de *Robert le jardinier*;¹ «jamais il n'a perdu son allure de paysan, et c'est avec fierté qu'il fait remarquer que nul inconnu ne l'a jamais pris... pour un professeur d'université».² Y, en efecto, Jammes fue siempre un ser algo anómalo, incluso dentro de su condición académica; la lista de sus obras incluye un único libro propiamente dicho, varias ediciones, alguna en colaboración, unas

¹ Robert le jardinier, *Purin d'orties & autres propos piquants*, édition augmentée (Muret: Éditions de la Mauvaise herbe, 2014), 122 pp. Las *chroniques*, publicadas antes en *L'Echo Tolosien*, son una mina para quien quiera aprender léxico agrícola.

² O. Gorsse, «Vies» y «Bibliographie», en Francis Cerdan (ed.), *Hommage à Robert Jammes* (Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1994), I, pp. ix-xx, la cita en p. x.

traducciones, y 60 o 70 artículos, en su mayor parte sobre Góngora, el poeta objeto de su tesis doctoral —que es el libro mencionado. Fuera de eso, los otros temas no rebasan la docena. No se trata, pues, de un brillante profesor capaz de poner su mano en cualquier asunto con pareja autoridad, ni menos aún de un crítico preocupado por *épater* con las audacias de su metodología. Es como si su norma fuera esa frase de Aristóteles, recordada por Eliot, según la cual no hay más método que ser muy inteligente.³ Y muy sensible, habría que añadir, si es que la sensibilidad no forma parte de la inteligencia. Él mismo lo advierte en el prefacio de sus *Études sur l'oeuvre poétique de don Luis de Góngora y Argote*: «Mon propos est si simple qu'on pourra le trouver banal: examiner, décrire et, dans la mesure du possible, classer les thèmes —je veux dire les sujets— traités par Góngora dans les quelque vingt-cinq mille vers qu'il a écrit de 1580 à 1626... C'est en cela, et en cela seulement, que consiste la modeste originalité de ce travail».⁴ Así de simple. Claro que esos 25.000 versos son de los más densos y difíciles de la lengua española, aparte su hermosura, que es cosa más sujeta a opinión, de tal forma que esas apretadas 700 páginas cuesta trabajo creer que solo se haya tardado tres años en redactarlas, como su autor afirma.

En la revista *Criticón*, que él fundó y dirigió muchos años, hemos tenido ocasión de analizar su significado en los estudios gongorinos.⁵ Ahora solo vamos a dar unos breves ejemplos de su forma de trabajar. Su primer artículo data de 1956, y se titula «Un sonnet faussement attribué à Góngora»,⁶ el que comienza «Yo vi vuestra carrera o la imagino», que se publicó en las *Obras* de Góngora impresas en Lisboa en 1646, pasó a la selección gongorina de la BAE y lleva el núm. XCVI en las *Obras completas* editadas por los hermanos Millé (1932). Jammes advierte que en la ed. lisboeta «la poésie en question est située à la dernière page, comme si elle avait été ajoutée furtivement». Luego aclara que se encuentra en *La Lira de las musas*, de Bocángel (1637), y concluye que, siendo

³ «The Perfect Critic» (1920), en T.S.E., *The Sacred Wood and Major Early Essays* (Mineola, N. Y.: Dover, 1998), p. 6.

⁴ Bordeaux: Université, 1967, xi + 703 pp.

⁵ A. Carreira, «Significado de Robert Jammes en los estudios gongorinos», *Criticón*, 129 (2017), pp. 207-223.

⁶ *Revue des Langues Romanes*, LXXII (1956), pp. 211-214.

Bocángel tan amigo de Salcedo Coronel, al no figurar en su edición comentada de los *Sonetos* de Góngora (1644), es obvio el pronunciamiento del comentarista en contra de tal atribución —que Salcedo no tuvo por qué conocer. Descubrir tal gazapo no era fácil porque cambia el primer verso en la edición bocangelina: «Vuestra carrera creo y la imagino». Así figura en sus *Obras completas* cuidadas por otro buen amigo y buen filólogo, también desaparecido este año: Trevor J. Dadson.⁷

Buena muestra de la perspicacia de Jammes son sus artículos sobre romances gongorinos, tres publicados en *Les Langues Néo-Latines*, y otro en *Criticón*. Este último, titulado «Dos sátiras vallisoletanas de Góngora»,⁸ se ocupa de los romances «Al pie de un álamo negro», fechado por Chacón en 1614, y «Trepan los gitanos» (1603). El primero habla de un hidalgo pobretón, que remienda sus calzas a orillas del Esgueva, a fin de acompañar dignamente al séquito que lleva a la princesa Ana de Austria, prometida de Luis XIII, hasta Irún, donde recogerá a Isabel de Borbón, que lo era del príncipe Felipe. Jammes conjetura que el tal romance se compuso en 1603, durante la estancia de Góngora en Valladolid, quedó sin terminar, y once años después se completó en Córdoba, ya no en forma burlesca, sino satírica, al organizarse el viaje de las bodas reales. Es muy probable que esté en lo cierto, aunque no lo está en creer que fuese modelo del atribuido «Con ropilla y sin camisa», ya impreso en la *Flor docena* de 1602. Sea como fuere, hace falta notable agudeza visual para distinguir los dos tonos usados en el romance por Góngora antes y después del v. 73.

Dejando a un lado los trabajos que hemos comentado en *Criticón*, varios sobre las letrillas o el teatro de Góngora, los que complementan la gran edición de *Soledades*, otra cumbre indudable en la bibliografía de Jammes,⁹ o su edición modernizada del *Vocabulario* de Correas, trabajo realizado con Maïte Mir,¹⁰ nos vamos

⁷ Madrid: Vervuert, 2000, I, p. 442.

⁸ *Criticón*, 10 (1980), pp. 3-57.

⁹ Madrid: Castalia, 1994.

¹⁰ Madrid: Castalia, 2000. El asunto había interesado a Jammes desde pronto. Cf. su trabajo «L'anticléricisme des proverbes espagnols», *Les Langues Modernes*, 6 (1958), pp. 365-383. Louis Combet nos informa que fue Jammes quien descubrió en la BNE y le comunicó el original perdido del *Vocabulario* de Correas, hasta

a ocupar solo de dos de sus últimos artículos, que muestran al lexicógrafo y humorista, además de gongorista. El primero se titula «Lexicografía e ideología (un Diccionario que va a misa)»,¹¹ y examina el *Diccionario* de la RAE en su vigésima edición (1984). Denuncia «su incapacidad congénita de dar una definición serena y objetiva de las palabras tocantes a las religiones», pues usa el plural inclusivo («nuestras almas», «creemos», «esperamos», etc.), apela al tomismo para definir conceptos, y omite precisar *Rel.*, *Teol.*, en determinadas voces, hasta el extremo de que Jammes se pregunta cómo pueden haberse aceptado algunas definiciones sin guerra entre los académicos. Y observa el mismo espíritu reaccionario en el campo de la literatura, aunque con ligeros avances: si la edición anterior definía *gongorino* como «que adolece de los vicios del gongorismo», hubo suerte porque esa papeleta fue de las retocadas. Ahora *gongorino* es «propio de la poesía de Góngora». Con tal motivo comenta Jammes que, «del infierno en que permaneció tanto tiempo, Góngora ha pasado por fin al purgatorio», en el que se encuentra con Quevedo,¹² y añade que «para que le fuera concedido al pobre don Luis este pequeño alivio, fue necesaria la presencia, durante años, de todo un Dámaso Alonso a la cabeza de la docta asamblea». Viene luego una Antología, en la que elige un largo centenar de términos cuya definición sigue sonando al catecismo de Ripalda, entre ellos los correspondientes a los nueve órdenes angélicos;¹³ otras muchas, en cambio, como las de *dogma*, *fiel*, *herejía*,

entonces impreso a partir de copias estragadas (ed. Combet, Bordeaux, 1967, p. ix).

¹¹ *Arquivos do Centro Cultural Português (Homenagem ao Professor Adrien Roig)*, XXXI (Lisboa-París, 1992), pp. 225-251.

¹² Gracias a la voz *quevedesco* («propio o característico de Quevedo»), ahora —añadimos por nuestra cuenta— desterrada por los quevedistas en favor de *quevediano*, ellos sabrán por qué. Observa Jammes que adjetivos derivados de Calderón, Cervantes, Cicerón, Horacio, etc., se definen como «que tiene semejanza con cualquiera de las dotes o calidades por que se distinguen sus producciones». La excepción la forman Góngora y Quevedo, y a este respecto apostilla: «No quiero emitir hipótesis sobre las posibles razones de esta severidad académica contra Quevedo».

¹³ En la voz *serafín*, por ejemplo, dice el DRAE que tales espíritus «forman el primer coro», corrigiendo la 18ª ed., que los ponía en el segundo, «error garrafal —comenta Jammes— que no tenía en cuenta los recientes adelantos de la angelología científica».

infiel, misa, misión, son simplemente risibles. Ante la definición de *casulla*, anota: «Así hablan beatas y sacristanes». *Edén*. «Paraíso terrestre, morada del primer hombre antes de su desobediencia», según el DRAE, obtiene este comentario: «Parece un acontecimiento histórico». Cuando llega la definición de *purgatorio* Jammes se rinde y exclama: Amén. El artículo termina con una nota en que recoge las enmiendas propuestas al DRAE desde 1984 a 1990, pocas e insatisfactorias.

El último a que nos vamos a referir es «Góngora en el *Diccionario de Autoridades*». ¹⁴ Jammes ha encontrado 675 citas del poeta desigualmente repartidas en las diversas letras: «Todavía no había empezado, a lo menos oficialmente, la cruzada antigongorina que se desencadenará a partir de la segunda mitad del siglo XVIII». Los académicos usaron a los comentaristas impresos para los grandes poemas; en cambio, para los de metro corto se sirvieron probablemente de la segunda tirada de la ed. Hozes (1633), que está llena de disparates, lo cual significa que algunos términos, como *encuñar* o *canonizando*, pasaron al diccionario cuando solo son una errata. Pero Jammes descubre que «las erratas de Hozes son poca cosa al lado de las que añadieron por su cuenta los académicos», más de 60, o un 10 % de las citas. En algunos casos, erratas y prisas parecen haberlos llevado a malentender a Góngora, lo que deriva en definiciones absurdas: así sucede con *apero* (2ª acepción), *gigote* (id.), *número* (id.), *estangurria* (id.); *buco*, *capullo*, *diestra*, *difuso*, *émulo*, *encarnar*, *libramiento*, sirven para ilustrar significados erróneos. Y la cosa sube de tono con términos con connotación erótica. El pasaje de un romance en que una dama desenvuelta habla de los clérigos cordobeses en cuya mesa «...sirven la Quaresma / sabrosísimos besugos, / y turmas en el Carnal, / con su caldillo y su zumo», da lugar a esta beatífica definición de *caldillo*: «Dim. de Caldo. Suele tomarse esta voz para significar el que está claro, o el que es de poca costa y mui sabroso». Según Jammes, «habría que ser ciego para no ver esa secuencia de palabras eróticas», y añade esta nota sin desperdicio: «Se me podrá objetar que, dos siglos más tarde, Ramón Menéndez Pidal, académico eminente, se refirió a la empecatada

¹⁴ En *Philologica (Homenaje al profesor Ricardo Senabre)* (Cáceres: Universidad de Extremadura, 1996), pp. 247-272.

copla del *caldillo* (con las *turmas*, el *zum*o y los *besugos*) sin entender el busilis. Parece tradición de la casa («Cervantes y el ideal caballeresco, en *Miscelánea histórico-literaria*, col. Austral, núm. 1110, pp. 26-27»). En efecto, don Ramón, que ha suprimido los vv. 15-16 por considerarlos «una comparación inmund», se refiere ingenuamente a la copla del *caldillo* para ilustrar los «sabrosos manjares» que podrían disfrutar Belerma y doña Alda.

No hace falta seguir para saber cómo se las gasta Robert Jammes en sus trabajos. Aparte quedan otros de contenido político, o tocantes a la historia literaria y sus manifestaciones menos gloriosas. Solo hemos pretendido destacar lo que nos parece más duradero en la actividad de un crítico que nunca creyó necesario morderse la lengua. Descanse en paz, con la gratitud de sus lectores.

ANTONIO CARREIRA
CENTRO PARA LA EDICIÓN DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES